



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 8 de junio de 1983

1. "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna" (*Jn 6, 54*). Al instituir la Eucaristía, la víspera de su muerte, Cristo quiso dar a la Iglesia un alimento que la nutriese continuamente y la hiciera vivir de su misma vida de Resucitado.

Mucho tiempo antes de la institución, Jesús había anunciado esta comida, única en su género. En el culto judaico no faltaban comidas sagradas, que se consumían en la presencia de Dios y que manifestaban la alegría del favor divino. Jesús supera todo esto: Ahora es Él, en su carne y en su sangre, quien se convierte en comida y bebida de la humanidad. *En el banquete eucarístico el hombre se alimenta de Dios.*

Cuando Jesús anunció, por primera vez, esta comida, suscitó el estupor de sus oyentes, que no llegaron a captar un proyecto divino tan elevado. Pero Jesús subraya vigorosamente la verdad objetiva de sus palabras, afirmando la necesidad del alimento eucarístico: "En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (*Jn 6, 53*). No se trata de una comida puramente espiritual, en que las expresiones "comer la carne" de Cristo y "beber su sangre", tendrían un sentido metafórico. Es una verdadera comida, como precisa Jesús con fuerza: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida" (*Jn 6, 55*).

Además, esta comida no es menos necesaria para el desarrollo de la vida divina en los fieles, que los alimentos materiales para el mantenimiento y desarrollo de la vida corporal. *La Eucaristía no es un lujo* ofrecido a los que quieran vivir más íntimamente unidos a Cristo: es una exigencia de la vida cristiana. Esta exigencia la comprendieron los discípulos, porque, según el testimonio de los Hechos de los Apóstoles, en los primeros tiempos de la Iglesia, la "fracción del pan", o sea, la

comida eucarística, se practicaba cada día en las casas de los fieles "con alegría y sencillez de corazón" (*Hch 2, 46*).

2. En la promesa de la Eucaristía Jesús explica por qué es necesario este alimento: "Yo soy el pan de vida", declara (*Jn 6, 48*). "Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí" (*6, 57*). El Padre es la fuente primera de la vida: Él ha dado esta vida al Hijo, el cual, a su vez, se la comunica a la humanidad. Él que se alimenta de Cristo en la Eucaristía no debe esperar al más allá para recibir la vida eterna: la posee ya sobre la tierra, y en ella posee también la garantía de la resurrección corporal al fin del mundo: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día" (*Jn 6, 54*).

Esta garantía de resurrección proviene del hecho de que la carne del Hijo del hombre, dada en alimento *es su cuerpo en el estado glorioso de resucitado*. Los oyentes de la promesa de la Eucaristía no captaron esta verdad: pensaban que Jesús quería hablar de su carne en el estado de su vida terrena, y manifestaban, por lo mismo, gran repugnancia ante la comida anunciada. El Maestro corrigió su modo de pensar, precisando que se trata de la carne del Hijo del hombre "subido donde estaba antes" (*Jn 6, 62*), o sea, en el estado triunfante de la ascensión al cielo. Este cuerpo glorioso está colmado de la vida del Espíritu Santo, y así puede santificar a los hombres que se alimentan de él, y darles la prenda de la gloria eterna.

En la Eucaristía recibimos, pues, la vida de Cristo resucitado. Efectivamente, cuando el sacrificio se realiza sacramentalmente en el altar, en él se hace presente no sólo el misterio de la pasión y de la muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, en el que encuentra su coronamiento el sacrificio. La celebración eucarística nos hace participar en la ofrenda redentora, pero también en la vida triunfante de Cristo resucitado. Esto explica el clima de alegría que caracteriza a toda liturgia eucarística. Aún conmemorando el drama del calvario, marcado en su momento por un inmenso dolor, el sacerdote y los fieles se alegran al unir su ofrenda con la de Cristo, porque saben que están viviendo a la vez el misterio de la resurrección, inseparable de esta ofrenda.

3. La vida de Cristo resucitado se distingue por su *potencia* y su *riqueza*. El que comulga recibe la fuerza espiritual necesaria para afrontar todos los obstáculos y todas las pruebas, permaneciendo fiel a sus compromisos de cristiano. Saca, además del sacramento, como de una fuente abundantísima, continuas oleadas de energía para el desarrollo de todos sus recursos y cualidades, con un ardor jubiloso que estimula la generosidad.

Especialmente saca la energía vivificante de la caridad. En la tradición de la Iglesia, la Eucaristía ha sido siempre considerada y vivida como sacramento por excelencia de la unidad y del amor. Ya San Pablo lo declara: "Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan" (*1 Cor 10, 17*).

La celebración eucarística reúne a todos los cristianos, sean cuales fueren sus diferencias, en una ofrenda unánime y en una comida en la que participan todos. Reúne a todos en la igual dignidad de hermanos de Cristo y de hijos del Padre; los invita al respeto, a la recíproca estima, al servicio mutuo. Además, la comunión da a cada uno la fuerza moral necesaria para colocarse por encima de los motivos de división y de oposición, para perdonar las ofensas recibidas, para hacer un nuevo esfuerzo en el sentido de la reconciliación y de la inteligencia fraterna.

Por lo demás, ¿no resulta especialmente significativo que el precepto del amor mutuo lo haya formulado Cristo, en su expresión más elevada, durante la última Cena, con ocasión de la institución de la Eucaristía? Que lo recuerde cada uno de los fieles en el momento de acercarse a la mesa eucarística y que se comprometa a no desmentir con la vida lo que celebra en el misterio.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

En la lectura del Evangelio de San Juan que hemos escuchado antes, Jesús nos enseña que quien come su carne y bebe su sangre, tiene la vida eterna.

Esto se realiza porque en el banquete eucarístico el hombre recibe de verdad a Dios, se alimenta de El, participando de la vida que brota del Padre y que nos comunica a través de Cristo. Una vida divina que nos hace poseer, ya en la tierra, la garantía de nuestra futura resurrección corporal.

Al recibir a Cristo muerto y resucitado, participamos de su gracia, que nos ayuda a superar las pruebas de la vida presente y que nos da fuerza para abrirnos al amor a Dios y a la entrega generosa a los hermanos.

Un constante crecimiento en ese amor es lo que deseo a todos los hispanohablantes aquí presentes: a los procedentes de Madrid, de Menorca y Vigo, de Barcelona y de Ondárroa. También a los de la parroquia panameña de Santa Eduvigis en Betania, que han visitado los lugares que fueron escenario de la vida, pasión y resurrección del Señor. A todos aliento en su camino de fe y a todos bendigo de corazón.